

## CAPITULO XXVII.

Los franceses se apoderan de Pamplona.—Ignacio de Loyola recibe la herida que decide su vocacion.—Muerte de Leon X y elevacion al solio pontificio de Adriano de Utrech.—Nueva guerra en la Lombardia.—Los franceses se ven obligados á evacuar á Génova.

Vencidos fácilmente todos los obstáculos que se opusieran á la marcha de los franceses por Navarra, fuéronse apoderando de todo, sin que hallasen otra resistencia seria que la hecha por la plaza de Pamplona.

El duque de Nájera se hallaba defendiéndola, mas como quiera que aun no estaban terminadas las obras que, como en otro lugar hemos dicho, habia dispuesto el cardenal Cisneros, obras que tan eficazmente debieran haber contribuido á su defensa, vióse el Duque obligado á evacuarla, penetrando en ella el enemigo.

En la defensa de esta plaza, Ignacio de Loyola, uno de los capitanes mas esforzados de su época, recibió una herida de piedra en la pierna izquierda al mismo tiempo que una bala de cañon le fracturaba la derecha.

Estas heridas decidieron, por decirlo así, la vocacion del valiente capitán.

Hubo de retirarse á su casa, y, durante el largo período que duró su curacion, germinó en su mente la idea á la cual, como dice un escritor de nuestros dias, «debe el cielo un santo, y el mundo una de las mas grandes instituciones que ha producido la religion cristiana:» la institucion de los jesuitas.

Grandemente favorecia á los franceses el estado en que se encontraba el país, destrozado en intestinas contiendas, divididos sus naturales en realistas y comuneros, y no pudiendo por lo tanto emplear todos sus esfuerzos en combatir al enemigo comun, y á un enemigo tan temible y poderoso como el monarca francés.

Hubo un momento en que pudo suponerse con algun fundamento que por este quedaria finalmente la victoria, mas la Providencia se habia puesto del lado de Carlos y en sus inescrutables designios dispuso las cosas de muy diferente manera.

Hé aquí por que serie de acontecimientos tuvo lugar este inesperado cambio.

Alentados los franceses con el buen éxito que en Navarra obtuvieron, aventuráronse á adelantarse y poner cerco á Logroño, mas como por aquellos dias se hubiera dado la batalla de Villalar, los regentes pudieron disponer de fuerzas bastantes con que acudir en socorro de la plaza, y tal fue el patriotismo de que en aquellos momentos dieron muestras lo mismo los vencedores que los vencidos, que aunando sus fuerzas, hicieron al enemigo levantar el cerco y pronunciarse en retirada, durante la cual fueron sin cesar molestados y perseguidos por las tropas españolas.

Tan vivamente hostigaban estas á los enemigos, que el dia 30 de junio del año 1521, el general francés, sin esperar los refuerzos que acudian en su ayuda, acometió á los españoles, sufriendo una derrota terrible, quedando el mismo Lesparre, que era el general, prisionero y sus mejores capitanes.

Pocos meses despues, tornaron los franceses á renovar la invasion, consiguiendo apoderarse de las fortalezas del Peñon y de Maya, y de la plaza de Fuenterrabía, que defendió con obstinacion el capitán Diego de Vera.

Al mismo tiempo que tenían lugar estos sucesos en España, en Lombardia tambien se habian roto las hostilidades.

Unidos el Pontífice y el Emperador, sus tropas, bajo el mando de Próspero Colonna, dispusieron á hacer frente á las francesas, que estaban á las órdenes del mariscal de Lautrec y aun presentáronle batalla varias veces.

Durante su mando en Milan, habia cometido el Mariscal tales atropellos, oprimiendo tan duramente á sus habitantes, que un odio terrible fue lo que consiguió obtener de los italianos con harto júbilo y provecho de sus adversarios.

La situacion de Lautrec, frente á las fuerzas del Papa y del Emperador, fue, pues, sumamente crítica.

Falto de fondos, escaso de fuerzas, puesto que la mayor parte se hallaban en Navarra y en los Países Bajos, y por lo tanto sin esperanza de pronto auxilios, no tuvo otro remedio que procurar evitar una batalla formal, limitándose á hostigar sin descanso al enemigo por medio de ligeros cuerpos volantes que salian no pocas veces duramente escarmentados.

Para hacer mas aflictivo su estado, los doce mil suizos que militaban en sus filas, al saber que las tropas del Papa tambien se componian en gran parte de hijos del mismo país, negáronse á pelear con ellos, y le abandonaron, en vista de lo cual no tuvo otro remedio que reconcentrar el reducido cuerpo, y refugiarse en Milan apresuradamente.

Cuando Colonna iba á sitiar la plaza, resuelto á apoderarse de ella por medio de la fuerza, mano desconocida facilitóle la entrada sin necesidad de derramar sangre, y entonces Lautrec no tuvo mas remedio que retirarse con las reliquias de su ejército al territorio veneciano.

Fácilmente puede comprenderse que hallándose la capital en poder de los aliados y sin medios el francés para impedirlo, todas las demás poblaciones del Milanesado habian de seguir su suerte, quedando Placencia y Parma agregadas á los estados de la Iglesia y no quedando á los franceses en toda la Lombardia mas que la ciudad de Cremona, el castillo de Milan, y alguna otra fortaleza de una importancia tan secundaria que apenas podia ser-

virles de nada y que no podia tardar en caer en manos de los españoles.

Al recibir Leon X la noticia de estos triunfos obtenidos en tan breve espacio, fue tal la alegría que experimentó que, segun los historiadores franceses, á consecuencia de ella se le desarrolló una fiebre que en breves dias le llevó al sepulcro, falleciendo el dia 2 de diciembre de 1521, y dejando con su muerte un campo abierto á las ambiciones é intrigas de los que aspiraban á ocupar aquel elevado cargo.

Semejante acontecimiento ejerció, como no podia por menos, una gran influencia en la guerra.

El ejército pontificio se disolvió, tanto porque para los cardenales tenia mayor aliciente el inmediato cónclave, cuanto porque los suizos fueron llamados por sus respectivos cantones, y muchos de los alemanes se separaron por falta de pagas, quedando solamente los españoles y algunos alemanes para la defensa de las recientes adquisiciones del Milanesado.

El rey de Inglaterra, jugando durante toda esta guerra el papel de mediador, en realidad solamente procuraba reunir sus fuerzas para atacar al rey de Francia, siempre que pudiese ajustar con el Emperador una alianza que le fuera ventajosa, y para este objeto celebró una conferencia en Brujas con Carlos, en la que quedó estipulado que mientras este acometeria al francés por la parte de España, Enrique habia de hacerlo por la de Picardía, y que el Emperador tomara por esposa á la princesa María, hija única del rey de Inglaterra.

Este acuerdo, conveniente á entrambos monarcas, estuvo á punto de romperse á consecuencia de la eleccion hecha por los cardenales en el cónclave para el cargo de Pontífice en reemplazo del difunto Leon X.

A pesar de las promesas que en otra ocasion, segun manifestamos, hiciera el Emperador al favorito de Enrique, cardenal Wolsey, apenas si se pronunció su nombre en el Consistorio, quedando elegido Adriano de Utrech, merced á la influencia del embajador de España.

Esto irritó grandemente á aquel y poco faltó, como arriba hemos dicho para que se pasara con armas y bagajes segun vulgarmente se dice, al enemigo.

El Emperador supo halagar de nuevo á Wolsey, haciéndole olvidar la pasada derrota con el vislumbre de nuevas esperanzas, y como á entrambos convenia por entonces permanecer en buenas relaciones, el tratado continuó adelante, causando con él nuevos recelos y envidias nuevas á Francisco I.

Este no podia ver sin un despecho cada vez mas creciente la importancia de su rival, y, para conseguir romper aquella auróla de gloria que le rodeaba, tentó un supremo esfuerzo enviando á Lautrec diez mil suizos, y dinero para pagar al ejército, que se hallaba muy necesitado.

Merced á esto, el Mariscal tomó la ofensiva, y por fuerza de armas ganó varias plazas del Milanesado, aproximándose hácia la capital.

Apurada era la situacion de Colonna que, aun cuando dueño de una posicion excelente cerca de la Bicocca, la falta de recursos hubiérale puesto en un conflicto, mas los suizos que militaban en las filas francesas se insurreccionaron contra el Mariscal, pidiéndole que les llevara á combatir, ó que si no se marchaban á su país, y sin querer escuchar las razones que Lautrec les daba, obligáronle á atacar á los españoles, que le ocasionaron una derrota de consideracion, en mayo de 1522, derrota de funestas consecuencias para las armas francesas, puesto que Lautrec no tuvo otro remedio que regresar á Francia, viéndose obligadas las escasas guarniciones que dejó en varios puntos á irse rindiendo sucesivamente y en un muy corto período á los españoles.

Nuevos golpes le esperaban todavia á Francisco, golpes que habian de aumentar su irritacion contra Carlos.

Todo el Genovesado, que le habia permanecido fiel, al saber la derrota de sus armas, al ver triunfante el poder español, comenzó á conmovirse, y Colonna, alentado por sus victorias, y por las instigaciones de los Adornos, que eran enemigos de los Fregosos, llevó sus armas hácia aquel punto, y con una facilidad extraordinaria se hizo dueño de Génova.

La estrella de Carlos brillaba con un esplendor extraordinario, y su rival se veia obligado á presenciar sus triunfos sin poder ponerles coto.

Habia gastado cuantiosas sumas, sus soldados habian tenido que evacuar los territorios que ocupaban, y tanto material como moralmente habia sufrido golpes terribles.

En estos momentos, para hacer mas duro su estado, presentóse en la corte de Francia un heraldo inglés á declararle la guerra en nombre de su soberano.

El pretexto que para ello daba Enrique era que habiendo contraído la obligacion con Carlos y Francisco de hacer la guerra al primero que rompiese las hostilidades, toda vez que la iniciativa habia partido de este, estaba obligado á cumplir sus compromisos contra de él.



ENTREVISTA DEL EMPERADOR Y EL REY DE INGLATERRA



## CAPITULO XXVIII.

Visita de Carlos al Monarca inglés.—Victoria de los turcos en Rodas.—Regreso del Emperador á España.—Sumision de Toledo.—  
Conducta de Carlos respecto á los comuneros.—Terminan los disturbios en las provincias españolas.

Carlos había comprendido que ya era necesaria su presencia en España, toda vez que podía regresar á ella con la corona del imperio ciñendo sus sienes, y el laurel de la victoria ornando su frente, mas antes de partir para las playas españolas y al objeto de dejar asegurada mas firmemente su amistad con el rey de Inglaterra que tan útil podía serle en adelante, decidió hacerle una nueva visita, que tuvo lugar en efecto, y cuyos resultados fueron para él sumamente satisfactorios y tales como él desde luego se había propuesto.

Enrique, halagado por aquellas muestras de deferencia que le daba su sobrino, adhirióse por completo á todos los proyectos que este sometió á su aprobacion, y respecto á Wolsey, como quiera que la ancianidad de Adriano no tardaria en dejar vacante la silla pontificia, concibió nuevas esperanzas, con lo cual prosiguió siendo bueno y fiel amigo del Emperador é influyendo con su soberano á fin de que secundara las miras de este.

Participes los ingleses del afecto que su Rey profesaba á Carlos, aborrecían extremadamente á los franceses, así fue que en la expedicion que hicieron, en consecuencia de su declaracion de guerra, quedaron aisladas las costas de la Normandía y de Bretaña, y Enrique en persona verificó su desembarco en Calais, donde tomó el mando del ejército, que consistía de diez mil hombres de sus mejores tropas.

Allí se reforzó con las tropas flamencas y penetró resultadamente por la provincia de Picardía.

Escaso, ó mejor dicho, completamente nulo fue el resultado obtenido por el rey de Inglaterra en aquella expedicion. El duque de Vendome, que era el jefe de las tropas francesas, adoptó la táctica de no empeñar batalla formal con sus adversarios y de cansarles con continuas escaramuzas, obteniendo á consecuencia de semejante plan, que el enemigo-falto de víveres, sin sosiego alguno y muy disminuido á consecuencia de las enfermedades, se retirase de aquel país.

A favor de estas luchas, á que tan sin provecho se entregaban los príncipes cristianos, Soliman, despues de haber devastado toda la Hungría, obligaba á Belgrado á que se le rindiese, y sentaba sus reales ante la fuerte isla de Rodas, poderoso baluarte de la cristiandad que estaban obligados á soborrer y auxiliar todos los monarcas que profesaban aquella religion.

Los caballeros hospitalarios de San Juan de Jerusalem se defendían obstinadamente, confiando en que no se verían abandonados en aquellas criticas circunstancias. El gran maestre Villiers de l'ile Adam, habia demandado socorro y el pontífice Adriano exhortaba á los reyes cristianos que dieran tregua á sus enemistades para prestar su ayuda á aquel puñado de guerreros de la Cruz; pero ni las voces del Gran Maestre fueron escuchadas, ni las exhortaciones del Pontífice atendidas, que era primero y mas importante satisfacer mezquinas ambiciones y mas mezquinas rencillas personales.

Carlos y Francisco, cada vez mas enconados, solo atendían á destruirse recíprocamente, y la isla de Rodas, despues de seis meses de vigorosa defensa, no tuvo otro remedio que sucumbir ante las poderosas y ensorbercidas armas de Soliman cuando ya no era mas que un monton de ruinas, despues de haber rechazado multitud de asaltos é inutilizado mas de cincuenta minas practicadas por los sitiadores, y no sin obtener antes de estos, admirados de tanto valor, una capitulacion honrosísima.

El rey de Francia y el Emperador, despues de ocurrido el desastre, se acusaron recíprocamente de él, sin tener en cuenta que no el uno sino los dos habian contribuido á él, y el segundo, para remediar en lo posible lo acontecido, cedió á los caballeros de San Juan la pequeña isla de Malta.

Terminada la entrevista, que segun hemos dicho tuvieron Carlos y Enrique de Inglaterra, el primero se embarcó para las costas españolas con un cuerpo de tropas extranjeras y una porcion de caballeros flamencos, sin tener en cuenta para nada las reclamaciones que en este sentido le habian hecho las Cortes ni los perjuicios que de nuevo á la dignidad española pudieran irrogarse.

En julio de 1522 desembarcó Carlos en Santander, siendo recibido por los gobernadores, que acudieron á aquella ciudad para rendirles cuentas de su administracion en todo el tiempo que habia durado su ausencia.

Dijimos en otro lugar que la viuda de Padilla, D.<sup>a</sup> María Pacheco, habia recogido el estandarte ensangrentado de las comunidades vencidas en Villalar, y le enarbolaba con robusta mano en la ciudad de Toledo.

Hija del conde de Tendilla, enérgica y esforzada, rodeada de la aureola de su viudez y de su riqueza, ejercía un poderoso ascendiente sobre los toledanos, que estaban resueltos á defenderse hasta el último momento.

Sin embargo, D.<sup>a</sup> María no podia hacerse ilusiones respecto al estado de su causa; abatida la bandera de los comuneros en Villalar, sometidas la mayor parte de las poblaciones que se alzaron en armas, sin auxilios de ninguna especie, la esforzada viuda de Padilla, segun opinan algunos historiadores mas bien trataba de ajustar una capitulacion honrosa y lo mas ventajosa posible para sus

partidarios, que no la esperanza de hacer revivir su muerta causa sin elemento alguno para ello.

El prior de San Juan cercaba la ciudad y en el campo de este se hallaba el hermano de Padilla, y aquel mismo doctor Zumel, antiguo defensor de las comunidades, el cual era á la sazón alcalde de corte y tenia el encargo de procesar á los sublevados que habia en Toledo.

Ni las fatigas, ni los rigores del sitio eran bastantes para abatir el varonil espíritu de la dama, que enlutada siempre, llevando á su hijo en los brazos, y precedida de un cuadro que representaba á su esposo en el cadalso en el acto de sucumbir bajo el hacha del verdugo, infundía valor y entusiasmo hasta en los mas débiles ó indiferentes.

El obispo Acuña y Hernando Dávalos la prestaban eficaz y provechosa ayuda, pero el primero, quizás desavenido con D.<sup>a</sup> María, porque en su carácter altanero y ambicioso no se aviniera á ocupar un segundo lugar, quizás comprendiendo que aquella era una causa perdida ya, se marchó una noche de Toledo á favor de un disfraz, pero fue reconocido en el pueblo de Villamediana, y encerrado en el castillo de Navarrete, sin que todas las ofertas que hizo á los que le cogieron fueran suficientes á vencerles.

Es posible que los toledanos contaran con la invasion francesa en Navarra para alcanzar algun éxito en su empresa, porque al tener noticia de la derrota que aquel ejército sufrió en Pamplona, y de la cual ya nos ocupamos en otra parte, decayeron mucho de ánimo, á lo cual contribuyó tambien en gran manera las ventajas que fueron alcanzando los sitiadores.

Este decaimiento produjo algunos trastornos en el interior de la misma ciudad entre los partidarios de la paz y los que la eran desfavorables, viéndose precisada D.<sup>a</sup> María á entrar nuevamente en negociaciones, que por fin pudieron poner término á aquella situacion en 25 de octubre de 1521.

Las condiciones para la paz fueron las siguientes: Toledo habia de conservar su título de muy noble y muy leal, obteniendo completo perdon sus moradores, lo mismo que los de sus inmediaciones; respecto á los daños y perjuicios, dejábase tratar de ellos para cuando el Monarca regresare á España, pero ni aun en este caso podria obligarse civil ni criminalmente á la poblacion al resarcimiento de personas particulares, sino que un procurador nombrado por la ciudad se encargaria de responder á la demanda. Cuanto se habia tomado de las rentas reales habia de devolverse, así como los bienes de Padilla quedarian desembargados; los privilegios, libertades y fueros de la ciudad en nada podrian ser alterados ni amenguados, y respecto á las alcabalas, la ciudad en el término de cuatro meses podria presentar los documentos en que se fundaba para su exencion.

La guarda del alcázar, puertas y fuertes de la ciudad se entregarían á vecinos de confianza, y los diputados de la parroquia continuarían como hasta entonces con el derecho de nombrar los procuradores generales del pueblo.

Merced á este arreglo, las tropas reales penetraron en la ciudad, mas el encono de los dos bandos no se habia extinguido, y presumible era que con suma facilidad podia promoverse un nuevo conflicto.

Y así sucedió en efecto. Celebrábase en la ciudad la subida de Adriano de Utrech al solio pontificio, cuando la voz de un niño que gritó *Viva Padilla!* produjo una colision entre vencidos y vencedores, que no fue posible contener, á pesar de los esfuerzos que hizo D.<sup>a</sup> María.

A consecuencia de este hecho, quedó rota la capitulacion anterior, viéndose obligada la viuda de Padilla á refugiarse primeramente en el convento de Santo Domingo, abandonando mas tarde la ciudad, disfrazada de labradora y buscando un asilo en Portugal, donde falleció en marzo de 1531, habiendo sido inútiles cuantas gestiones hizo durante tan dilatado período para alcanzar su indulto.

Por este tiempo fue cuando llegó Carlos á España, y desde Santander marchó por Búrgos á Palencia, donde dió orden de activar los procesos contra los que mas se habian distinguido en las pasadas revueltas.

En virtud de esto, Alfonso de Sarabia y Pedro Maldonado Pimentel fueron ajusticiados, á pesar de las influencias que pusieron en juego sus deudos y sus amigos.

Despues el Monarca marchó á Tordesillas, donde visitó á su madre, y en 28 de octubre expidió en Valladolid una carta de perdon, exceptuando á unos trescientos de los comuneros mas importantes.

Sin embargo, merced á las representaciones del almirante de Castilla, á quien tal severidad no le pareció justa, Carlos no quiso ya que se verificase sentencia alguna contra aquellos exceptuados (1).

Las germanías de Valencia y Mallorca con la llegada del Rey, recibieron el golpe mortal, apoderándose el conde de Melito de Játiva y Alcira y siendo ajusticiados Sorolla, Juan Caro y otros jefes principales.

(1) De este perdon quedaron exceptuados el conde de Salvatierra, que fue ajusticiado en Búrgos, y el obispo Acuña, que fue ahorcado en la fortaleza de Simancas.



CLEMENTE VII.

J. SERRA LIT.

LIT. TYPAL OLIVE 13.

Riera Editor, Barcelona, Molador 24 y 25.